# Muchas Gracias...



...Es la Revista cómico-satírica más pulcramente picaresca de España.

Vale mucho más, pero se vende al precio de treinta céntimos el ejemplar y aparece los sábados.

DIRECTOR: ARTEMIO PRECIOSO

REDACIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
CALLE DE MENDIZABAL, 42.—TELEFONO 24-53 J.

Imp. Artística de Sáez Hermanos. Norte, 21.—Madrid.



LA NOVELA DE HOY
DIRECTOR: ARTEMIO PRECIOSO
Oficinas: Mendizábal, 42. — Teléfono 24-53 J.—Apartado 473
Año IV | Madrid, 10 de julio de 1925 | Núm. 165

# MÁS HOMBRE QUE CURA

NOVELA POR

## Emilio Carrére

Ilustraciones de V. DE SEIJAS

MADRID
Imprenta Artística de Sáez Hermanos.
Norte, 21.-Tel. 17-65 J.
1925

En nuestro próximo número publicaremos

# El más bello amor de Mercedes

POR

ALVARO RETANA

ILUSTRACIONES DE

ALVARO PONSA

# MAS HOMBRE QUE CURA



I

La Puebla del Alamín era una vieja ciudad con murallas medievales, templos románticos y palacios renacentistas.

El Tiempo estaba encantado en los relojes; cada hora era una laguna de silencio, que turbaba la campana perezosa, cuyo sonido caía en la ciudad como una piedra en un estanque. ¿Dónde se escondían las mujeres de la ciudad relicario de las clásicas virtudes españolas? Por tradición literaria sabemos de las ricas-hembras, hermosas y castas, fieles y abnegadas, de estas tierras pardas—las menestralas de Zamora, de gracia lozana y bien habladas; las salmantinas de ojos febriles, entre los charros ornamentos, y el señorío de las vallisoletanas, tan soñadoras de la Corte—. Muchas veces hemos topado por esas ciudades evo-

cadoras tipos de una clásica hermosura, que evocaban a las célebres mujeres de otros siglos, como si la Naturaleza se complaciese en volver a crear los pasados tipos de belleza. Pero ¿dónde se escondían los cuerpos jarifos y los lindos rostros en aquel arcaico poblachón? Siempre era preciso aguardar al domingo para ver a las mujeres en la catedral. La ausencia de bellos palmitos estaba agravada por la superabundancia de clérigos, que decoraban las calles con la nota austera de sus sotanas y acentuaban con el negro de sus balandranes el tedio espeso de la ciudad.

En la ciudad no había más que curas y silencio; un silencio de tumba, una paz de osario, una soledad desolada por un cataclismo. Parecía que todos sus habitantes habían perecido por una epidemia o por algún inaudito azote celeste, como los tripulantes de los buques-fantasmas de los cuentos de Pöe. Sólo aparecían los clérigos, negros y adustos, como los cuervos sobre la inmovilidad de la ciudad cataléptica.

Sin embargo, la Puebla del Alamín era una ciudad viva, un poco aplastada por su tradición gloriosa. Su presente mediocre soñaba con las grandezas militares y con las liturgias de la fe, los dos resortes, las dos estrellas de la antigua alma española. Al progreso de la ciencia y del arte oponían la superstición de resucitar la gloria pretérita. Incapaz de avanzar hacia el porvenir, soñaba andar hacia el pasado, y acababa por estancarse en un presente de inconsciencia. Igual que los relojes de sus templos, el alma de aquellas



gentes estaba encantada, Dios sabe en qué hora de qué pasada centuria.

Los hombres de aquella ciudad se encerraban en los cafés, dando terribles golpes sobre el mármol de las mesas con las fichas del dominó—la pasión provinciana—. Las mujeres, hacendosas y castas, engordaban en la modorra de los hogares, tras de las rejas de hierros labrados con artística maestría. ¿Pensaban alguna vez en la capa de don Juan, cuando oían sonar pisadas en la retorcida calleja? Acaso no; porque la infidelidad suele ser un amable fantasma de la imaginación, y ellas tenían la fantasía asesinada por el aburrimiento manso y resignado. En aquella ciudad, la aventura parecía imposible.

Vida muy española del siglo XVI la de aquel poblachón. Modorra y beatería, conservatismo y silencio. Sobre todo, el silencio alucinante que nos pesa en el espíritu como si nos aplastasen los muros de la catedral, de los conventos y de las casonas solariegas. Sin teatros ni conciertos, sólo alguna corrida de toros conseguía hacer vibrar aquellos espíritus paralíticos. Los periódicos se publicaban previa la censura eclesiástica. Lo que llamaban el Ateneo era una prolongación del casino y del café, con la biblioteca escasa, porque los socios no sentían graves preocupaciones intelectuales, y con libros honestos, aunque fuesen estúpidos, seleccionados con criterio de sacristía.

Allí no había cabarets ni cafés con chicas alegres. Las tusonas vivían aparte, en un barrio como leproso.

En Semana Santa, los cofrades, intransigentes como en el siglo XVI, las confinaban en el campo, para que con su tufillo de pecado no contaminasen el aire oloroso a incienso. El resto del año gozaban de más delicado tratamiento por parte de los varones sesudos de la vieja ciudad, entre las sombras y el misterio, salvando las conveniencias sociales. Mientras, en las rúas, con todas las puertas cerradas, silencio, silencio...

## II

Ciudad sin guarnición ni Universidad, el clero era el elemento más importante. La casa de doña María Fernanda de Salinas, hermosa y hacendada viuda, ya al otro lado de los cuarenta, era todas las tardes, de cinco a ocho, una academia teológica, porque los presbíteros solían reunirse a interpretar puntos dogmáticos, tras de jugar al tresillo con la señora, y entre puesta y codillo trinaban, en latín macarrónico, contra la mala Prensa y contra las malas costumbres de hogaño.

Aunque era hermosa doña María Fernanda, la vieja comadre de la Murmuración nunca la desolló ni una pulgada de pellejo, cosa fácil, porque la fusión de clérigos y viudas beatas ha sido siempre motivo aprovechable para los satíricos librepensadores y para la malicia de las porteras. Ni de ella se murmuró ja-






más ni de su sobrina Asunción, huérfana y pobre que vivía al cobijo de la tía desde la edad de la primera comunión. En la gran sala, de un lujo algo anticuado, se veía un gran retrato de la niña, con el blanco traje y el blanco velo. Asunción era una doncella señorial, aristocrática y severa, cuyos ojos azules no se enturbiaban jamás. Parecía casta de cuerpo y límpida de alma, como si la pasión resbalase por su cuerpo pálido de estatua. Tenía veintiséis años, la edad en que las mujeres iniciadas en el amor están en la plenitud de sus fueros nupciales.

Jamás había tenido un novio, pero se suponía que los dos jóvenes que cotidianamente iban de visita a la casa, aunque no la hubiesen hecho una declaración en serio, acudían por su belleza y por su dote, y aguardaban una ocasión propicia a que no estuviesen los dos reunidos. Mientras se conformaban con admirarla en silencio. Tomás y Bernardo llegaban puntualmente a las cinco de cada tarde; algunas veces se encontraban al comienzo de la calle, se saludaban fríamente y entraban juntos a cumplir su silenciosa admiración y a permanecer cohibidos por la autoridad eclesiástica que regía en aquella honesta mansión. Tomás y Bernardo eran tímidos, como pobres—mordaza de la pobreza, que era candado para su corazón—. Abogadillo bisoño Tomás, un poco entontecido por la acumulación de tantas leyes estúpidas y rancias; aprendiz de boticario Bernardo, que jugaba a la lotería para realizar su sueño de esta-

blecer una farmacia y droguería y poder pasarse el resto de la vida jugando a las cartas. Los dos pretendientes al amor de Asunción eran ramplones y virtuosos, doble virtud que se junta casi siempre. Ella no se preocupaba de ellos, grave, impasible, encerrada en su orgullo, con su belleza de retrato de otra época.

Sus balcones caían sobre una plaza con jardinillo, silenciosa y austera, donde se alzaba la cárcel, la Audiencia y una casona renacentista, que antaño fué palacio y finó en posada. Los ojos violeta de Asunción vagaban distraídos por la plaza, mirando a distancia en la vaguedad de un desdoblamiento espiritual.

Los clérigos más habituales a las tertulias vespertinas eran el padre Salas, el lectoral; el padre Castañeda, capellán de las Clarisas, y el padre Lozano, canónigo de pro, muy influyente en el palacio Episcopal. Eran unos curas recios y sanguíneos, cazadores y tresillistas, tan lejos del místico padre Ramón como cerca de aquellos clérigos guerrilleros y fanáticos que fueron temibles jerifaltes del carlismo. Curas españoles, cruzados de su causa, no dudarían en imponer el ideal cristiano a trabucazos: que cazaban liebres con la misma furia que si persiguiesen judíos, y que en los azares del beatífico tresillo clerical mascullaban blasfemias o daban fuertes porrazos al echar las cartas sobre la mesa.

El padre Rafael Labay, secretario de su ilustrísima, buen orador y escritor sagrado, detonaba considera-



blemente de sus compañeros. Era el curita joven, de suaves maneras, tan grato a las beatas ricas de cierta edad. El padre Labay había tenido muchos éxitos en el año que llevaba en la Puebla del Alamín. Vestido a lo seglar parecía un galán joven de farándula, y con los trajes claros de primavera también habría podido pasar por uno de nuestros toreros aseñoritados. Pero si con las ropas profanas tenía cierto garbo chulillo, las vestes talares le prestaban una elegancia de abate dieciochesco. Sin ser un cínico, no era un hipócrita asustadizo, y para que le perdonasen los pecados propios, solía ser indulgente con los ajenos.

No era tresillista—notoria originalidad en un clérigo de provincia—; pero, a pesar de esto, concurría todas las tardes a la tertulia de doña María Fernanda. Un observador sagaz—no lo eran ni el atontolinado Bernardo ni el simple Tomás—hubiera visto la constante dirección de las negras pupilas del joven sacerdote. Los dos pasmarotes aspirantes a maridos seguían los lances del juego o se quedaban boquiabiertos ante los discursos de furibundo neísmo del padre Castañeda. Aunque querían ser amables y hasta espirituales con la señorita de la casa, su escasa facundia y la fría hostilidad de ella frustraban las declaraciones y los elogios eróticos que ambos galanes llevaban enfrascados para soltárselos en cuanto ella quisiera sonreirles y escucharlos un momento.

Sus pupilas violeta, a veces, se encontraban con






las del joven curita. Sólo entonces su bella impasibilidad se encendía con un resplandor misterioso. La sonrisa amable que de continuo animaba el rostro, habituado a la lisonja, del padre Rafael, se trocaba en una crispadura extraña de pasión dolorosa y acallada. Se dramatizaba y empalidecía su rostro simpático, y sus ojos vivaces se quedaban extáticos y tristes acariciando el bello y pálido rostro de la señorita.

Indudablemente, entre Asunción y el padre Labay existía una atracción de amor, sigilosamente velada, y las tertulias vespertinas eran una ocasión aprovechada para extasiarse en la mutua contemplación. Sólo, muy de tarde en tarde, alguna palabra suelta, dicha con sordina, al amparo de las peroratas pedantes y estrepitosas del padre Castañeda... Cuando el terrible clérigo vociferaba contra los vicios de la época, el padre Rafael, muy quedito, como un suspiro, susurraba:

—¡La quiero a usted!

Y ella, súbitamente enrojecida, sonreía imperceptiblemente y después se mordía los labios, con ese mohín tan deliciosamente equívoco y prometedor.

—¡Oh, no sabe usted cómo la quiero!—volvía a suspirar el clérigo, acaso una hora o dos más tarde, cuando la atención distraída de los demás les concedía la oportunidad de otro aparte fugaz.

## III

—El padre Labay llegará a obispo—decían las jamonas de la ciudad, encantadas íntimamente con poder gozar algún día de las caricias de una mano ornada con la amatista episcopal.

Y, en efecto, el padre Rafael hubiera llegado a obispo, acaso por su talento de diplomático y por la cortesanía y ductilidad de su carácter, si las marejadas de su corazón no desviasen su camino.

El padre Labay era un temperamento de pasión. Durante su niñez y su adolescencia puso su alma violenta en el amor al estudio de los sagrados libros. A los quince años soñaba con ser un santo. Su misticismo juvenil, inflamado de sacrificio, pensaba con un raro placer en el martirio de su carne y en una muerte gloriosa, en una lejana tierra de salvajes, en oscura y evangélica misión. A los veinte años, cuando sus primeros éxitos como orador sagrado, en la magnificen-

cia de los templos radiantes de lujo pagano y de liturgia suntuosa, entre millares de luminarias, aroma de incienso y perfumes sensuales de las embelesadas devotas, el padre Labay tuvo tal vez algún sueño excesivo de esplendor. ¿Por qué no había de llegar a ser un príncipe de la Iglesia, influyente y letrado, poderoso con los reyes y favorito de las mujeres, como aquellos cardenales de la Corte Pontificia de Alejandro Borgia? Ya desde los veinticinco años, un poco entristecido por las realidades íntimas y menores de la vida eclesiástica, su alma, sincera en el fondo, se sintió defraudada, y no colgó los hábitos porque no tenía otro medio para vivir y porque, al cabo, no le sería difícil lograr una canonjía donde esperar cómoda y monótonamente alguna mitra, ya a la edad madura. Pero su vida interna no estaba conforme con su vida exterior. El problema sexual surgió en él de una forma impetuosa y dramática. No se conformaba con las hipócritas barraganías. El amor debía ser un sentimiento de luz y no un instinto en las tinieblas. Todos sus líos con las beatas ricas y crepusculares de la ciudad—¡oh, habían pasado tantas virtuosas damas de archicofradía por sus brazos!—fueron recuerdos amargos y feos para su espíritu desde el momento que conoció a la sobrina de doña María Fernanda de Saliñas.

Muy pronto comprendió que la doncella señorial, un poco ajada por su juventud sin amor, iba a ser la gran pasión que decidiría de su destino.



¿Cómo pudo acaecer aquéllo? Fué la serena belleza de la damita, la pureza de sus ojos, el aroma de castidad que fluía de su aristocrática persona, lo que se adueñó de su espíritu. Harto de crepusculares insaciables, *especialistas en clérigos*—tipo femenino muy de ciudad levíticas—, y de beatitas malmaridadas o solteras cloróticas, locas por abstinencia sexual y enloquecidas por las costumbres gazmoñas, en Asunción soñó un alto amor espiritual.

Supieron decirse su amor sin la profanación de las palabras, ruido ineficaz para expresar los sentimientos profundos. En la casa era, además, imposible poder hablar. Sólo aquellas breves frases, como suspiros, cuando los curas grasientos aturdían con sus estrepitosos anatemas o los estúpidos comentarios del tresillo.

Hasta que una mañana de Domingo de Ramos, Asunción fué con su doncella al templo. La primavera flotaba en el aire con un triunfo de aromas sensuales. La luz y el azul celeste encendían la sangre de la señorita como un jubiloso renacimiento. La iglesia estaba toda perfumada de incienso; pero los perfumes paganos de las mujeres eran más fuertes y penetrantes que los cándidos aromas pascuales. El padre Castañeda aullaba desde el púlpito una estrepitosa monserga de mitin eclesiástico, y el padre Labay acababa de desvertirse de su sobrepelliz y de la estola, cuando vió aparecer en la sacristía a la gentilísima figura de la señorita.

Comprendió que ella iba a él y que había que aprovechar los breves instantes. Asunción fingió gran curiosidad por conocer las ricas ropas sacerdotales, los mantos de las vírgenes y las joyas, que eran el tesoro del Cabildo. La fámula aguardó en un banco de la iglesia, y la pareja se perdió por una escalerilla, en dirección a los antiguos claustros donde habitaron los primitivos canónigos reglares.

Allí era difícil que nadie les sorprendiese, porque ni aun los sacristanes tenían nada que hacer en aquellos desvanes.

La ciudad bullía a sus pies; se veían muy abajo las techumbres, y llegaban apagadas hasta ellos la salmodia gangosa de la feligresía y la solemnidad del órgano. Inmediatas, las campanas verdinegras abrían sus miriñaques como faldamental de gigantas.

El padre Rafael temblaba con una emoción de amor y de miedo al sacrilegio.

—¿Por qué ha venido usted aquí? ¡A la iglesia! Sabe usted que la quiero...

Ella replicó, con una ironía despechada:

—Si le importuno, me marcharé...

—¡Oh, no! Verdaderamente, es la única ocasión que tenemos para poder hablar. Perdóneme—y arrebatándose súbitamente—: ¡Es que la quiero con locura, y no sé si podré respetar este recinto sagrado!

Ella fingió horrorizarse, pero el brillo diablesco de sus ojos delataba que la señorita estaba en ese punto



en que el amor o el deseo de una mujer desafían todos los peligros y saltan por todos los deberes.

—Procuraré no olvidar que soy un sacerdote—exclamó Labay—. Fuera puedo ser un hombre; aquí..., se lo confieso, cualquier palabra de amor me suena a sacrilegio.

Asunción taconeó nerviosa.

—Bien, padre Rafael. Yo creí que me agradecería esta locura que hago, al venir a buscarle. Me he equivocado y me voy. Le ruego que lo olvide y no piense mal de mí. Adiós.—Y con una sonrisa pérfida—: Le felicito por haber vencido a la tentación.

Y comenzó a descender lentamente, enrojecido el rostro por la rabia.

El cura intentó detenerla.

—¡Déjeme: se lo mando!—Y estalló su despecho—: ¿Es que quiere continuar su sermón? Yo venía en busca de un hombre que me había hecho soñar un poco, y me encuentro con un clérigo. ¡Déjeme!

Labay sintió en el corazón los sarcasmos de la mujer, y rápidamente la asió por el talle, atrayéndola hacia él. En el forcejeo, su mano tropezó con un pecho firme, cálido y erguido; el deseo rugió en su entraña y borró todas sus preocupaciones de sacrilegio.

—¡Asunción! ¡Mi alma!

Y se apoderó de los labios de la señorita, con un beso-ventosa.

Ella recibió el beso cerrando los ojos y aspirándo-



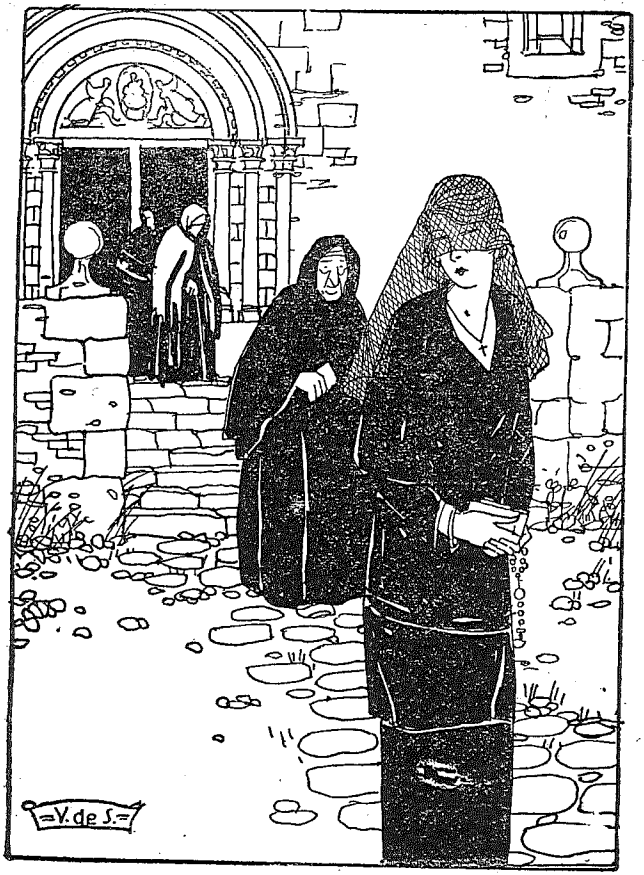
la intensamente, como si fuese un perfume, con la cabeza hacia atrás, salientes los pechos vibrátiles, sintiendo la deliciosa agonía de la eclosión erótica.

# IV

Con gran contento de la tía, Asunción sintió agudizarse su religiosidad. Todas las mañanas se dirigía al templo. Oraba breves instantes y penetraba en la sacristía, saliendo rápidamente por una puertecilla que daba a una callejuela solitaria, formada por el paredón del templo y enfrente unas casucas de mendigos de los que pedían y gangueaban oraciones en el atrio de la catedral.

Tras de volver el rostro varias veces, Asunción se entraba en una de aquellas guaridas, donde ya la estaba aguardando el padre Labay.

El lugar era poco amable. Una pieza enyesada, con un sofá de paja, una cómoda, sobre la que reposaban santos de barro; un florero y un fanal, con un crucifijo de madera. Un perro sucio y pardo solía acurrucarse en el umbral. La vieja mendiga, dueña de aquel chiscón, se salía discretamente cuando llegaba la se-






ñorita, golpeando al viejo can con la punta de su chancleta para que se alzase.

—Anda, *Caifás*. Ven con el ama a ganar la pitanza del día.

Y le colgaba al cuello, con una cuerda, el bote para recoger la guisopa.

La anciana Mari Santos, manganta, beata y alcahueta, se iba con su perro, pardo y sucio, del color de sayal franciscano, a la sopa de los conventos y al olor de las cocinas burguesas, de donde solía sacar astilla, aunque en una ciudad de usureros, como aquella, no era la caridad la flor más lozana. No tenía más familia que un sobrino, que cada quincena, a lo sumo, daba una vuelta por la noche a dormir la última borrachera, a cuyo despertar se iba otra vez por los caminos a pobretear o a hurtar lo que hallara al paso.

En aquel fementido chiscón se cobijaba el idilio prohibido de la señorita de Salinas y del padre Labay, desde hacía tres meses. Si alguna confianza les inspiraba la discreción de la vieja, ganada por el cura con dádivas y favores, aquel sobrino holgazán y borrachín, que al verles dos o tres veces en la choza había sonreído burlón y hasta había rezongado alguna malicia, les tenía preocupados.

—Cualquier día de borrachera lo dice a gritos en medio de la plaza. ¡Me lo da el corazón!—exclamaba la señorita.

Labay la acariciaba las manos.

—No te atormentes. ¡Pasará lo que esté de Dios!





Y si todo llegase a descubrirse, daremos el escándalo definitivo. Gritaremos a la cara de todo el mundo que nos amamos; tú te irás de tu casa y yo arrojaré estas ropas negras, que me pesan en el alma como un grillete y que ya están manchadas por el sacrilegio... ¡Yo sabré ganar nuestra vida!

Asunción le interrumpió:

—¡Calla, por Dios! ¡Si se descubriese, me moriría de vergüenza!

El cura la oía dolorosamente. ¿De vergüenza? ¿Por qué? Para él, aquel amor estaba santificado por la misma nobleza de su sentimiento.

—¡Calla, calla! ¡Nuestro amor es un pecado!—sollozaba ella—. ¡Es un delito ante Dios y ante los hombres! ¡Preferiría morir a que lo supiese la gente!

Todo el fondo beato y confuso que la herencia y las costumbres de la familia y de la provincia habían posado en su alma, ascendía a flor de labio. Ella, tan religiosa—o, al menos, tan practicante de los ritos—, había alentado aquel amor, había ido a buscarle aquella mañana de Domingo de Ramos, al mismo templo, a burlarse de sus escrúpulos de sacerdote con sus palabras de hembra en ardentía, y a encenderle con su perfume de mujer. ¿Y ahora hablaba de pecado? El pobre padre Rafael se perdía en el laberinto de la psicología femenina, no comprendiendo la contradictoria sensación que hace del amor pecado, exquisito deleite de principal atractivo de las enamoradas de los clérigos, que más que del macho, gustan

del escalofrío de sacrilegio que inspiran estas barraganías. Si la idea del pecado desapareciese de la mente de la señorita, es posible que aquel amor tuviese para ella un atractivo menos. Asunción, señorita de provincia levítica y de elevado rango, además, no podía librarse del contagio tan femeninamente provinciano y beato de amar al clérigo con la pasión sinuosa que tiene aromas de pecado, de sacrilegio y de aventura inconfesable.

Asunción era muy orgullosa; que su nombre fuese mordisqueado por las comadres murmuradoras, que al descubrirse todo tuviera que afrontar la situación familiar, la humillaba y la hacía preferir la muerte. No tendría nunca la sinceridad de un amor verdadero, que se confiesa ingenua y orgullosamente, aun en las circunstancias más peligrosas.

Ella se rendía a la fascinación erótica *del cura*, realizaba su deseo sexual y temía que aquella historia se hiciese pública. Para él, lo de menos era la gente; lo más importante, su amor. Acaso le hubiera hecho feliz poder ufanarse de él. ¿Por qué no puede querer un cura?

El amaba con toda la violencia de un corazón varonil, con toda la locura de su fantasía, a pesar de los votos. ¿Era un sacerdote indigno, por culpa de aquel gran cariño? Al menos, era como los otros clérigos de la ciudad, todos convenientemente amancebados, sin más preocupación que la de pecar a cencerros tapados.



Lo extraño es que en sus diversas aventuras nunca había sentido aquel estado moral. La lujuria no deja rastro tras de sí; el impulso animal es alegre y sin remordimientos. Es la complicación de la psiquis lo que hace del amor una encrucijada peligrosa.

# V

Rafael tenía el remordimiento de ser un mal sacerdote y la vergüenza de su cobardía. ¡Era preciso dejar la Iglesia, *renunciar a ser obispo...*—y sonreía con sarcasmo—y ganarse el pan dignamente, como los demás hombres! Tenía cultura y buena voluntad. Sabía que de sus actuales amistades nada podía aguardar. Al cura renegado le sigue ya siempre un odio sin perdón de la negra logia, de la que ha querido desgajarse. La Iglesia perdona y encubre, en lo posible, las faltas de sus adeptos, mientras permanecen dentro de su seno. Pero no le daba miedo esto, porque el mundo es grande y la voluntad de un hombre lo puede vencer todo. Era Asunción el gran obstáculo para sus planes.

—Yo cuelgo los hábitos y me caso contigo, ¿quieres?—la dijo un día en el hórrido chiscón de la Mari Santos, después de una delirante escena de pasión.

Ella le miró con estupor.

—¿Estás loco? ¿Qué empeño tienes en desatar el escándalo?

—¿El escándalo? Y ¿qué puede importarme eso? Te ofrezco la solución para estar siempre juntos, para no tener que avergonzarnos de nuestro cariño. Ya ves: yo renuncio a mi carrera. ¡Yo renuncio a todo menos a ti!—Y, enlazándole la rubia cabeza, la besó infinitamente en los ojos.

La señorita exclamó:

—¿No estamos bien así? Nos vemos con completa intimidad, casi todas las mañanas; el resto del día puedes ir a casa. ¡Nadie sabe nada!—Y sonrió como una colegiala que ha hecho una diablura.

Y aquel secreto, aquella ocultación, parecía ofrecer al espíritu femenino un encanto insustituible.

—¡Es que yo quiero más!—gritó Labay—. ¡Yo te quiero mía a todas las horas del día y de la noche! ¡Yo te quiero besar en el momento en que desde mi alma baje el beso a mis labios! ¡Es que estoy harto de hipocresía y de disimulo; que quiero dejar de ser cura para ser hombre con todos los fueros de mi alma y de mi carne!

La naturaleza apasionada de Rafael se mostraba en toda su desnudez bravía por el cariño de Asunción.

—¡Créeme, amor de mi alma, soy muy desgraciado viviendo así! Las tardes que paso en tu casa son abrumadoras, sin poder hablar, sin poder decirte el turbión de cosas apasionadas que me inspiran tus



ojos, el perfume de tu cuerpo, tus pechos, que son míos, porque yo los he besado hasta teñir su palidez de eucaristía con las huellas cárdenas de mis labios.

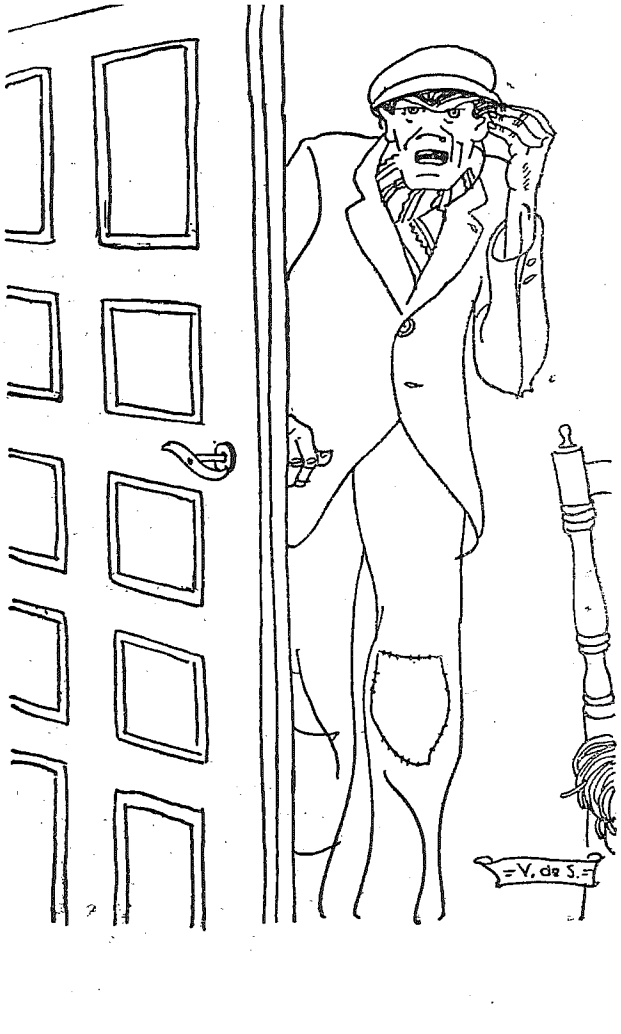
Sus propias palabras le embriagaban y le enardecían. Ella se dejaba contagiar por aquella turbonada sentimental, que encrespaba sus deseos de mujer. Cuanto más triste y más románticamente amoroso se mostraba él, Asunción se sentía más furiosamente hembra.

—¡No pienses locuras, Rafael! ¡Bésame mucho, estrújame entre tus brazos! ¡Así! ¡Tus caricias me embrujan! ¡Olvidémosnos de cuanto nos rodea!

Sobre el sofá de paja de la vieja Mari Santos, los amantes se trenzaron en el abrazo inefable y misterioso del amor. De pronto, se abrio la puerta del chiscón, y un hombre se dibujó dentro del marco luminoso. Se quedó parado ante la escena indisimulable, y luego, con una voz bronca y borrosa de beodo, rompió a hablar con palabras sueltas y rotas:

—Ustedes disimulen si he faltao... Pero ¿eh? La agüela me dijo: Que no vayas a casa ahora, ¡hum!, que está allí el señor cura confesando a su ama, ¡ju, ju! La cosa tié gracia, ¡ju, ju!, y yo he venío, pues, a echarme un rato, porque esta es mi casa, ¿estamos? Pero ¿a mí qué? Están ustedes aquí. Pues yo me tumbo en el catre y ustedes se siguen dando el pico, ¿a mí qué? Pero como esta es mi casa, ¿eh?

Era Jenaro, el sobrino de la Mari Santos, vagabundo, mendigo y dipsono, embrutecido por la bebida,






fuerte como un gorila, ancho de espaldas, mozo de cuerda en los raros días de lucidez; era un individuo peligroso por sus borracheras agresivas y escandalosas. El clérigo, muy pálido, comprendiendo que aquel imbécil podía delatarlos en cualquier tabernón, quiso captársele.

—Acuéstate, hombre, si estás cansado. Has trabajado mucho, ¿verdad? Pues toma—y le dió un puñado de dinero, toda la plata que llevaba encima—, para que descanses unos días y atiendas a la pobre vieja. Ya sabes que yo siempre hice lo que pude por vosotros. Y siempre que os pueda servir, ya sabes que no tienes más que pedir.

Aquella amabilidad excesiva, que, de momento, resolvía la enojosa escena, pareció impresionar vivamente al imbécil, que se quitó la boina, hundió los dedos chatos de delincuente entre la maraña rubianca de su pelo sucio del polvo de los caminos y, titineando el dinero alegremente, exclamó:

—¡De rodillas le sirvo yo a usted, señor cura! Y yo no he visto na, ¿está usted? Y si quiere algo de Jenaro, no hay más que hacer una seña: "Jenaro, esto hay que hacer..." Sea lo que sea, ¿estamos? Si le deben algo, allá voy yo a gatas a cobrar por las buenas o por las malas; si alguno le estorba, basta con que me diga: "Jenaro, mata a ése", y yo lo dejo frío, y aquí no ha pasao na.

El cura protestó:

—Gracias, hombre; pero puedes estar seguro de que no necesitaré de esos servicios.

La espesa brutalidad valentona de jayán se encrespó:

—¿Que no? Otras torres más altas han caído, y nadie puede decir de este agua no beberé, y siempre es bueno tener quien dé el pecho por uno. Y respecto a lo de la niña, Jenaro es ciego, mudo y sordo, ¿estamos? Y no es por el interés, que yo la conozco a ella y si un día hago así y me voy junto a doña María Fernanda y la digo: "¿Cuánto me da usted si la digo un secreto?" ¿Estamos? Pero Jenaro no hace una charraná, si se le trata como es debido.

El padre Rafael se dió cuenta de que aquel hombre amenazaba para lo por venir, y se dispuso a comprar su silencio hasta donde le fuera posible, con la evidencia de que al final todos sus sacrificios serían estériles. *Al que le das tu secreto, le das tu libertad.*

—¡Mejor! Cuando todo se descubra, me la llevaré conmigo..., aunque ella no quiera.

Cuatro días después, Jenaro se le presentó en la iglesia, y bruscamente le pidió dinero, con el ademán de quien reclama algo propio:

—Cosa de na, señor cura: diez y seis duros para irme de estas tierras cochinas, a ver si encuentro trabajo. Estoy cansao de mangar. Y esté usted al cuidao de la vieja, que Dios se lo pagará.

El padre Labay le dió el dinero, contento con la esperanza de que se alejase de la ciudad. Pero al día siguiente supo que Jenaro se había embriagado y había armado un escándalo en una taberna del barrio extremo, con otros mangantes, a uno de los cuales había herido. Muy pronto le escribió desde la cárcel con una nueva petición.



El mismo día que le pusieron en libertad se presentó en casa de doña María Fernanda, preguntando por él. Aquella audacia exasperó al clérigo. Salió con él a la puerta de la calle.

—¿Por qué te has atrevido a venir aquí? Ya sabes que esta no es mi casa.

El borracho se echó a reír.

—Como si lo fuera, señor cura. ¿Dónde se caza mejor al pájaro más que en el nido, junto a su pájara? ¡Ju, ju! ¿Qué me va usted a contar a mí?

Y le clavaba sus pupilas, fijas y turbias, como dos gotas de ajenjo.

Como hablaba con voz muy recia, el padre Labay alzó los ojos al balcón del piso primero, donde estaban reunidos los tertulianos de doña María Fernanda de Salinas. Efectivamente, tras de los cristales vió el rostro apoplético del padre Castañeda y la cara verdosa y escuálida del padre Salas, que curioseaban la escena y afinaban el oído para pescar el diálogo.

—Vete esta noche a mi casa y te daré lo que quieras—exclamó—. Y ahora, largo de aquí, ¿entiendes? Y como vuelvas a buscarme en esta casa, te voy a zampar en la cárcel, canalla. ¡Esta noche vamos a arreglar nuestras cuentas tú y yo!

El rufián se fué refunfuñando:

—¡A la cárcel! Y yo, callao, ¿verdad? Lo van a saber hasta las ratas, si no me da usted lo que sea razón...

Y manoteaba, colérico, mientras se alejaba, dando bandazos de acera a acera.

El cura volvió a subir, y, aunque procuraba dominarse, su palidez y un ligero temblor en la voz delataban la turbación de su espíritu.

Contra lo que esperaba, nada le dijeron; pero leía en todas las miradas una suposición maliciosa acerca de las relaciones que pudiera haber entre el secretario de su ilustrísima y el desarrapado sobrino de la mendiga Mari Santos.

El padre Salas murmuró al oído de su cofrade Castañeda:

—¿Por qué causa tendrá que tolerar que venga a gritarle ese vagabundo? ¡Aquí hay misterio!—y se frotaba las manos con regocijo.

—Aun no lo sé. Pero mañana lo sabremos.

Y siguieron su partida de naipes tranquilamente, regodeándose íntimamente con el descubrimiento de la intriga.

## VI

La persecución de Jenaro llegó a ser una pesadilla para el pobre clérigo. Cada día eran mayores sus exigencias, más groseros los modales y más concretas las amenazas. Sus relaciones con la señorita de Salinas le entenebrecían el espíritu. Se entendían mal, moralmente. A pesar de sus razonamientos apasionados y generosos y de la inminencia de que todo se descubriese, ella no se decidía a romper el artificio de su vida, gazmoña e hipócrita. Una vez llegó a amenazarle con la ruptura:

—No tengo valor para dar la campanada. Yo creo que lo mejor es que dejemos de vernos.

Sintió un agudo dolor de alma. ¡Dejar de verla era imposible para su corazón! Estaba de continuo dominado por un febril apasionamiento, que le enflaquecía y perturbaba su mente.

Seguían refugiando su idilio en la choza de la Mari

Santos, único lugar que les era propicio, aunque pagado con largueza excesiva y comprometiendo el honor y la tranquilidad.

Una mañana llegó Asunción empalidecida y con aire de pesadumbre. El padre Rafael la acarició durante un largo rato, sin conseguir que ella hablase para confidenciarle la causa de su tristeza, ni que contestase a sus caricias. Por fin, rompió a hablar, con un acento de cólera:

—Pues que, al fin, ha ocurrido lo que era inevitable... ¡Lo único que siempre me ha dado miedo!

Rafael inquirió, anhelante:

—¿Nos ha vendido ese canalla de Jenaro?

—Aun no; pero lo hará, porque empieza la racha negra para nosotros, y nos ocurrirán todas las desgracias.

—Pues ¿qué ha sido entonces? ¡Habla, por Dios, chiquilla mía!

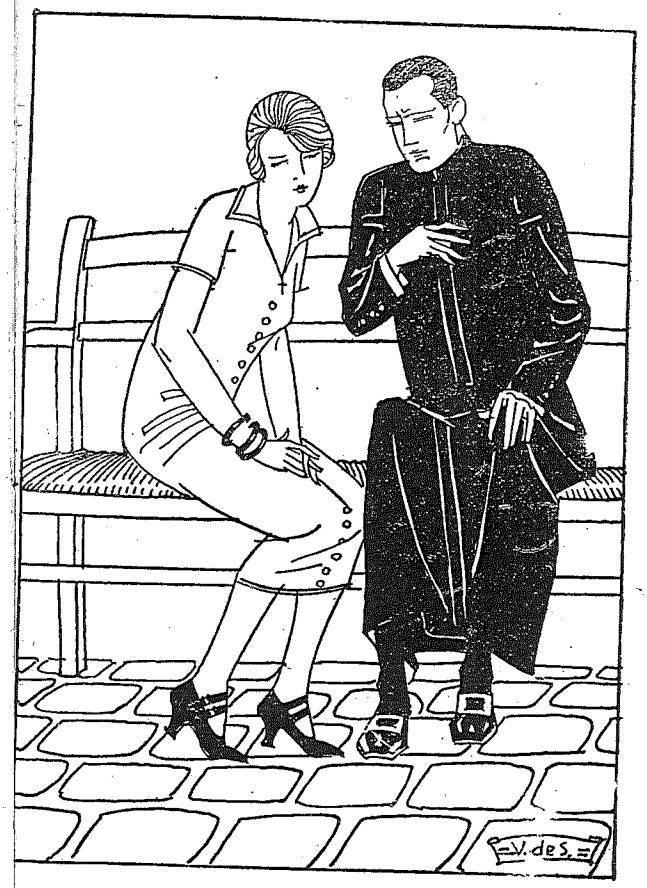
—Pues... que estoy embarazada. No te lo quería decir hasta no tener duda de mi desgracia.

El rostro del cura se encendió de una luminosa alegría.

—Y... ¿eso es una desgracia?—Y, riendo, quiso cubrirla nuevamente de besos; pero ella le rechazó con sequedad:

—¡Déjame!—Y, mirándole con ira, prosiguió—: De modo que a ti no te parece una catástrofe...

—¿Tener un hijo tuyo? ¡Todo lo contrario! ¡Me parece una gloria!



La voz de Asunción era negra de rencor:

—Pero ¡tú estás loco! ¿Tú sabes lo que voy a sufrir en cuanto no se pueda ocultar? Me voy a morir de vergüenza. ¡Tener un hijo con un cura! Voy a ser la befa de toda la ciudad ¡Casi todo el mundo dejará de tratarme!

Y rompió a llorar desesperadamente.

Labay, besándole los rubios cabellos y separando el pañuelo de sus ojos, trató de consolarla:

—Pobre chiquilla, cautiva de todas las ficciones, de todas la apariencias. Te perdono lo que me haces sufrir. "¡Tener un hijo con un cura!", has dicho. Pero ya sabes que el cura está deseando convertirse en un hombre como los demás, con derecho a amar libremente a la elegida de su alma y a besar en la frente al hijo de nuestra sangre y de nuestro espíritu—la cristalización de nuestro cariño—, que Dios haya tenido la misericordia de enviarnos. Le debemos recibir con alegría, porque él es el lazo que nos unirá para siempre.

La mujercita se revolvió:

—Pero ¿tú eres idiota? ¿No has oído que tus propósitos me parecen un desatino? Así, como hasta ahora, sin que nadie se enterase, hubiéramos seguido porque te quiero, porque todas las mujeres de la ciudad, las de nuestra clase quiero decir, están encaprichadas con el padre Labay, y yo también me sentí contagiada por esa atmósfera de deseos femeninos que te envolvían. Me gustaba ser tuya y que



tú fuese mío. Me parecía que yo era superior a todas las que te deseaban y no te conseguían. Tu pasión adulaba mi vanidad de mujer. No nos queremos de la misma manera, lo confieso. Yo estoy enamorada del padre Labay, del orador sagrado, del que emociona a las mujeres desde el púlpito, *del futuro obispo*, como dicen todos. El señor Labay, profesor u oficinista, no me interesa nada. ¡Y tú, siempre con la manía de despojarte de lo que más me interesa en ti! Don Rafael Labay, padre de familia, se convierte para mí en un señor vulgar e indeseable.

Rafael vió el alma de la mujer; pero su lógica sentimental no acertaba a comprender aquella absurdidad caprichosa, tan femenina, que sólo se enamora de lo puerilmente externo, sin pararse a enterarse de la esencia.

—Pero ¿tú has podido sacrificar tu virginidad y tu reputación sólo a un capricho de histérica? ¿Me habré equivocado tan horriblemente?

—No sé lo que tú te habrás podido imaginar. Yo soy así, y no tengo la culpa de no ser una Eloisa o una Julieta, que es lo que a ti te encantaría. La mayor parte de las mujeres son como yo: absurdas y caprichosas, y nos damos a un hombre por el detalle menos esencial. Pero ahora, tú me dirás qué hacemos.

—Yo ya te lo he dicho mil veces. Casarme contigo y dar nuestro nombre a esa criatura, como es nuestro deber.

—No me quieres entender. Te digo que vamos a ver

lo que hacemos para que esto no siga adelante...

El padre Labay se separó súbitamente de la mujer.

—Pero ¿qué abominación me propones?

—No seremos nosotros los primeros. ¿Eres tan ingenuo que no sabes que en la ciudad ha habido muchas solteras en mis circunstancias, que han tenido cerca una persona que las ha ayudado...?

—Y ¿cómo?—preguntó estremecido—. ¿Qué quieres de mí?

—Francamente—y su voz restalló, cínica, como un trallazo—: que busques alguien o algún procedimiento para que esto no siga adelante...

El pobre clérico le tapó la boca.

—¡Calla! No quiero que esa boca, tan amada, pronuncie la palabra del crimen. Quiero olvidar lo que me dices; que cuando me quede solo no tenga que recordar que, con tu carita de angel bueno, me has propuesto el asesinato más cobarde y más infame. Pero ¿qué monstruo infernal y de divina apariencia es una mujer?

Ella le acosaba, impaciente:

—Te digo que esto no puede ser. Si no quieres perderme para siempre, tienes que hacer lo que yo te mando. Si se descubre, yo me moriré de vergüenza, pero me vengaré de ti...

—Y ¿cómo?

—No me volverás a ver, te lo juro. Si tanto me quieres, sálvame del escarnio y de la vergüenza, y seguiré tuya hasta el día que tú o yo nos cansemos.



Conque aguza el ingenio. Seguramente, la vieja Mari Santos sabrá de alguna comadrona que quiera hacerlo... De fijo no será la primera muchacha a quien haya ayudado en estos trances. Conque tú dirás...

El sacerdote, con una frialdad insospechada, movió la cabeza negativamente.

—¡Yo no hago eso!

Asunción secó sus lágrimas, le lanzó una mirada de desdén y salió:

—¡Adiós! Yo me las compondré sola.

—Pero ¿no comprendes que esa canallada encierra al mismo tiempo un peligro para tu vida?

—Eso es cuenta mía. Tú tendrás la culpa de lo que me suceda, como eres el causante de mi situación actual.

Y se alejó, sin volver el rostro para despedirse desde la esquina de la calleja, como era costumbre. El padre Rafael se dirigió al templo. Necesitaba tonificar su espíritu con la oración. Ella le había dicho que tenía la culpa.

—¡Oh! ¿Será cierto? ¿Seremos responsables de los crímenes que comentan las criaturas con cuya vida enlazamos la nuestra? ¡Qué injusticia la de esta mujer! ¡Yo, que daría mi vida porque ella no sufriese el más leve dolor! Comienza mi expiación, sin duda. Nosotros no tenemos derecho al amor; hay que saber renunciar, si no queremos que la propia pasión nos devores. ¿A qué monstruo he alzado un altar en mi corazón?

## VII

Aquella tarde, el padre Labay no fué a la tertulia de doña María Fernanda. Pasaba por una honda crisis espiritual, y hubiera sido un suplicio permanecer indiferente junto a la mujer que tenía un hijo suyo en las entrañas. Pensó un momento en revelarle, en confesión, su pecado y sus angustias al obispo, y pedirle consejo.

—¡Quién sabe si me daría una solución para serenar mi conciencia!

Pero desistió en seguida. Seguramente le perdonaría su sacrílega pasión, ya acostumbrada a tales confesiones; pero, seguramente, le obligaría a renunciar a ella.

Apenas puso el pie en la calle divisó la catadura hedionda de Jenaro, que le acechaba. Estaba más borracho que nunca, más sucio, con el rostro más embrutecido. A voces y con desplantes de bravucón le exigió más dinero. El cura miró a los lados: esta-

ban solos en la calle, pero seguramente los eternos curioseadores de provincia, ocultos tras de sus ventanas, estarían oyendo las palabras del rufián.

—¡Que a mí no se me compra con una miseria, ¿estamos? Que yo necesito mil pesetas para mercar un carro y una mula y ganarme la vida honradamente...

—Siempre te he dado lo que me has pedido. ¿Por qué vienes gritando y en ese tono amenazador?

—¡Que me ha dao usted! ¡Una basura! Pan para hoy y hambre para mañana. Como uno es pobre, se creen que con na se puede comprar la conciencia de uno. Pues si no tuviera usted coco, no tendría usted miedo, ¿me explico? Conque usted dirá cuándo puedo venir por el dinero.

Labay respondió secamente:

—¡Nunca!

El borracho dió un paso hacia él, crispando sobre la faja sus dedos chatos de homicida.

—¿Es que me lo niega usted?

—Naturalmente. Eso se terminó. Si quieres decírselo a toda la ciudad, desde lo alto del campanario para que lo oigan bien todos, puedes hacerlo. Yo no te doy ni un céntimo más.

Y le volvió la espalda. Jenaro se le fué detrás, masculando blasfemias y amenazas.

—Mire que le puede pesar, don Rafael. Que no sabe usted la mala bestia que soy yo cuando me pide el cuerpo ser mala bestia.

El clérigo se volvió, hirviente de coraje y, asiéndole por el guiñapo de camisa, única vestimenta que traía sobre el busto, le zamarreó contra el muro de la catedral.



—¡Es que me amenazas, miserable! Tú te has creído que me vas a asustar por el traje que llevo... Pues entérate de que soy más hombre que tú y te parto el corazón como vuelvas a ponerte en mi camino.

—¡Más hombre que yo!—gruñía Jenaro, haciendo ademán de buscarse un arma entre los escondrijos de la faja.

Cuando el cura le asía violentamente por la muñeca, se abrió la puertecilla de la sacristía y apareció el padre Castañeda, que sujetó el puño de Labay, a punto de caer sobre el rostro del *chantagista*.

—¡Por Dios, padre Labay! ¿Cómo puede un sacerdote dejarse arrastrar así por la pasión?

Rafael, avergonzado, soltó al miserable.

—Y tú—gritó el padre Castañeda—, ¿por qué molestas al señor cura? ¿No tienes bastante con lo que te ha dado doña María Fernanda?

Labay ahogó un rugido, y con el crimen en las brasas de los ojos, quiso lanzarse de nuevo sobre el borracho.

—Calma, padre—exclamó Castañeda, asiéndole de un brazo—. ¿Cómo pudo usted fiarse de la discreción de esa gentuza?

—¿Entonces?—preguntó anhelante Rafael.

—Nos lo ha revelado todo a doña María Fernanda y a mí.

Labay abatió la cabeza sobre el pecho.

—Vaya no es para perder el resuello. Venga conmigo a dar un paseo por la solana, y charlaremos—y el cura zafio se echó a reír sonoramente—. ¡Vaya con el santito, cómo nos la ha pegado a todos! Confieso que yo no sospechaba nada. Y la mosca muerta de la niña, ¡qué buena cómica hubiera hecho!...

—¡Yo le ruego, por Dios, que me diga lo que ha pasado!

—¡Hombre, como pasar, no ha pasado nada! Doña María Fernanda es persona ilustrada, y se ha hecho cargo del asunto. Tampoco la falta es ninguna catedral, ¡jinojo!, ni el primer *páter* que se carga a una solterita, en buena hora lo digamos...—Y volvió a reír con estrépito—. Ahora, lo que hay que impedir es que se divulgue. Ya comprenderá usted cómo gozarían algunas buenas almas... Y para eso hemos convenido meter en la cárcel a Jenaro por una temporada larga... Nadie dirá que es una injusticia: ladrón, borracho, pendenciero... ¡Buen racimo de horca! Cuando salga, ya se habrá solucionado la situación.

—Y ¿qué solución cree que podemos tomar?

—Usted, ninguna; la de estarse tranquilo. A la chica, la casaremos.

Una angustia asfixiadora empurpuró el rostro del clérigo.

—Pero ¿qué le pasa a usted?—arguyó Castañeda.

—Nada; prosiga. Es que estoy muy excitado. Le ruego que me perdone.



—No se me acoquine usted por una bobada. Le digo que a la chica la casaremos. Anoche lo acordamos doña María Fernanda y yo. Podemos elegir entre dos pazguatos, que serán excelentes maridos: Tomás y Bernardino. No se enterarán de nada, y si se enteran, es lo mismo, ya que la niña lleva un buen puñado de miles de duros, que es lo más importante para la vida. Se concierta la boda inmediatamente, y si queremos terminar con una cosa chistosa..., pues es usted mismo quien los casa.

Y el clérigo cazador se rió largo rato de su agudeza. Después, dando a su cofrade unas palmaditas afectuosas, exclamó:

—Hoy por ti y mañana por mí, y los amigos somos para las ocasiones. A ver si cuando llegue usted a obispo se acuerda de este pobre cura... Ahora tenga un poco de buen sentido y no nos estropee la componenda con algún disparate, porque veo que no está usted en sus cabales.

Labay se irguió con arrogancia:

—La verdad, compañero: esa habilidosa combinación me parece abominable.

—¿Qué dice usted, pecador?

—Digo que yo estoy enamorado de esa mujer, y que no quiero que sea de nadie... ¡más que mía!

—Pero eso no importa, ingenuo mortal. Si usted la quiere a ella y a ella le gusta usted, no veo qué puede impedir que sigan ustedes viéndose después de



casada; eso sí, con un poco más de precaución que hasta la fecha.

—No nos entendemos. Quiero ser sincero con usted y abrirle mi corazón. Asunción está embarazada.

—¡Jinojo! ¡Qué imprudencia! Y ¿por qué no han tomado ustedes precauciones?...

El padre Rafael oía a su compadre con la misma estupefacción que si le hablase en un lenguaje desconocido. ¿Tomar precauciones en el amor, para evitar la creación de una vida que Dios tiene determinado que florezca? O él era un imbécil, o los demás eran unos malvados.

Castañeda prosiguió:

—En último caso, tampoco tiene importancia, siempre que tengamos el editor responsable.

—Pero es que ese hijo es mío...

—Bien; pero como usted no puede reconocerle...

—¿Por qué no?

—¡Está delirando! Sólo los cismáticos griegos o los protestantes pueden tener hijos.

—Pero es que yo cuelgo la sotana, me caso con ella y reconozco a la criatura.

—¡Muy bonito! Y da usted el escandalazo, que no sólo le perjudica a usted, sino que cae sobre todos nosotros. ¡Qué diría su ilustrísima si le oyese barbarizar de esa manera! Comete usted una locura, muy disculpable, ¡qué jinojo!, porque debajo de cada cura hay un tío con toda la barba, y las mujeres son todas bastante golfas, las pobrecitas de mi alma. La

cosa ya está hecha; encuentra buenos amigos y personas sensatas que le sacan del atolladero, y sale usted con ese exabrupto. ¡Amigo mío, está usted para que le pongan la camisa de fuerza!

—Pero ¿y la conciencia? ¿Y este amor que me incendia la sangre y acabará por enloquecerme?

—¡Un curita romántico! ¡Con esas teorías va usted a echar a perder el brillante porvenir que le ofrece la Iglesia. Medite usted bien durante toda la noche, y mañana hablaremos. Ahora, chitón, que se acercan esos otros dos—por el paseo llegaba lentamente una pareja de eclesiásticos—, y en seguida nos iremos a la tertulia de doña María Fernanda.

—¿Cree usted que yo también debo ir?

—Naturalmente. Chocaría si no se le viese a usted, como todas las tardes. Sobre todo, hay que saber cubrir las apariencias...

## VIII

Entre Tomás y Bernardo, fué elegido Tomás. Era el más tonto.

Aquella tarde ya actuaba como novio, y charlaba con Asunción, en un ángulo de la sala. El pobre mozo estaba radiante. Bernardo había desaparecido. Doña María Fernanda anunció la próxima boda, y el padre Labay tuvo que mascullar unas vulgares palabras de enhorabuena.

Ella no le miró ni una sola vez. En varias ocasiones quiso retirarse, pero Castañeda le retenía, con fuertes tirones de sotana.

—Hay que disimular, amigo.

Rafael pagó con el tormento de los celos durante aquellas interminables horas el pecado de su amor prohibido.

Al salir, el cura cazador y tresillista le dijo:

—Habrá usted visto que la señorita no le ha hecho

a usted el menor caso. Ellas son más razonables y saben vivir. Tienen un deseo o un capricho, lo satisfacen y a otra cosa. ¡Razón tenían aquellos doctos varones que la negaron el alma divina!

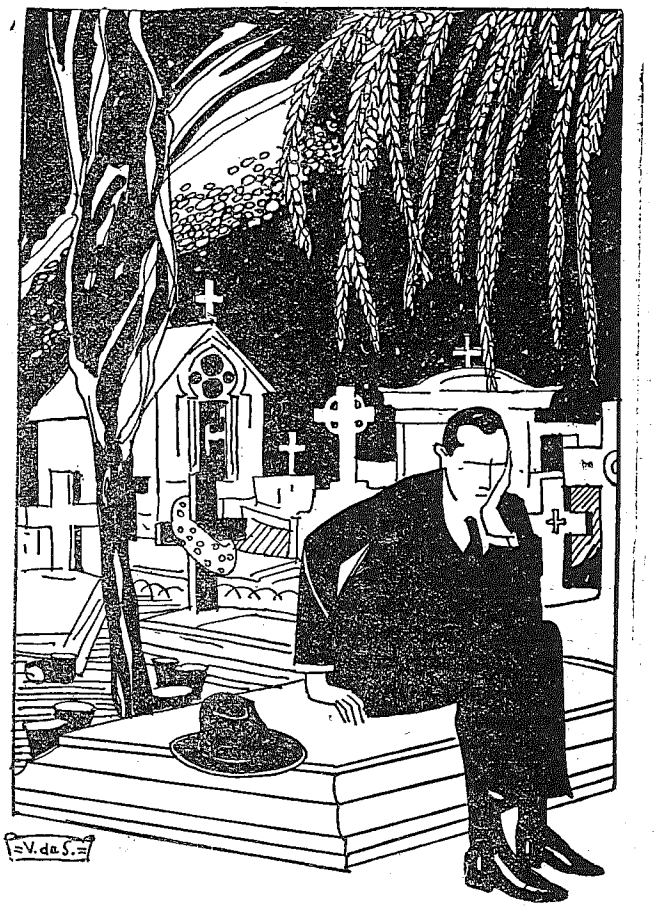
Labay no contestó. En el bolsillo de su balandrán había encontrado un papelito de letra de Asunción:

"Mañana, después de misa mayor, espérame en el claustro de los canónigos reglares, donde te busqué aquella mañana de Domingo de Ramos. Quiero darte el beso de despedida."

Rafael se vistió de seglar y salió a la calle. No podía aguantar las cuatro tapias de su cuarto, como un neurótico enfermo de claustrofobia. Daría un paseo por el campo, por donde nadie le viera.

Devanando sus pensamientos, llegó hasta el camposanto viejo. La noche estaba cuajada de estrellas, y lleno de sonoridades vagarosas. Se sentó sobre una tumba y desató la madeja de sus dolores, recapitulando toda su vida pasada.

—Entré a los diez años en un seminario. Me impusieron el sacrificio de unos votos terribles, que yo acepté en la inconsciencia de la adolescencia. ¡Qué sabía yo entonces del amor y de la vida para hacer tan tremenda renunciación! A los veinte años soñé con la palma de los santos. A los veinticinco, con la gloria y el esplendor de los príncipes de la religión. A los treinta, más humano, con el amor de una mujer. Mis tres sueños se han malogrado. Tengo un hijo, una criatura cuyo rostro no he visto aún, hijo



de mi carne, creación de mi alma divina, síntexis de mis sueños locos. Y tengo que renunciar a esa ternura. Mi hijo no vendrá a besarme con amor, ni yo le cerraré los ojos cuando, al son de una canción de cuna, se vayan abatiendo sus párpados. Será el hijo de otro: la ley lo declarará así. Y si yo dijera que es hijo mío, la Iglesia me excomulgaría, porque los curas no podemos tener hijos. ¡Qué hipocresía y qué sarcasmo! Adoro a una mujer con todas las potencias de mi espíritu. Quisiera hacerla mi esposa, gozar de la bendición de este cariño, bajo el azul del cielo, sonriendo de felicidad ante el rostro del mundo, trabajando con mi inteligencia para que ellos fuesen felices. ¿Podré seguir viviendo así, predicando la gloria eterna a mis feligreses, con el infierno eterno en mi corazón?

¡Oh, yo sueño la hermosura de la mujer a quien quiero, en el interior de nuestro hogar, sonriendo a nuestro hijo, con la ubre pletórica en la boquita de rosa! ¡Benditos de Dios, en la paz de nuestros corazones, en la dulzura de nuestro amor, en la armonía de nuestra existencia! ¡Místico retablo de la Madre y el Hijo, rebosante de calor cordial, perfumado de Humanidad!

Pobre cura romántico, que no quieres ser hipócrita, a quien repugna manchar tus ropas sacerdotales en los adulterios vergonzosos, en las barraganías indignas, que renuncias a todas las lisonjas de una vida poderosa y respetada, por el amor de una mujer. Tus



derechos de hombre se estrangulan bajo tu negra sotana. Serás siempre el paria del sentimiento—pobre clérigo, forzado de la hipocresía y de la mentira—, que has matado a Dios en tu alma porque has tocado el cuerpo de la mujer con las mismas manos con que elevas a diario la Eucaristía.

Se irguió, fanatizado por el silencio, por la soledad y por el simoun de sus pensamientos, penetrada el alma por la melancolía del paraje.

—He querido ser santo, y mi flaqueza de hombre me ha vencido; he querido ser hombre, y mi condición de cura me ha asesinado el corazón. ¡Qué triste ser, al margen de todos los sentimientos y de todas las compensaciones de la vida, es el pobre clérigo!

Se cruzó de brazos, mirando a los astros, como si les pidiese la solución de su tragedia moral.

—Hagamos el balance de mi vida. En lo sucesivo, veré a la esposa de mi corazón del brazo con otro hombre, a quien odiaré a pesar mío, porque los celos no saben perdonar; el hijo de mi sangre, que tendrá las mismas células misteriosas que son la vida de mi cerebro, será tan extraño para mí como el hijo de un hombre cualquiera. He perdido la gracia para la vida sacerdotal. A Dios no se le sirve con el infierno en el corazón. A mis hijos espirituales les tendré que engañar con las hipocresías de mi alma negra. ¡Soy demasiado hombre para ser cura! El que no tenga la divina locura del misticismo, mancilla las vestes sacerdotales. El cura cazador y tresillista; el





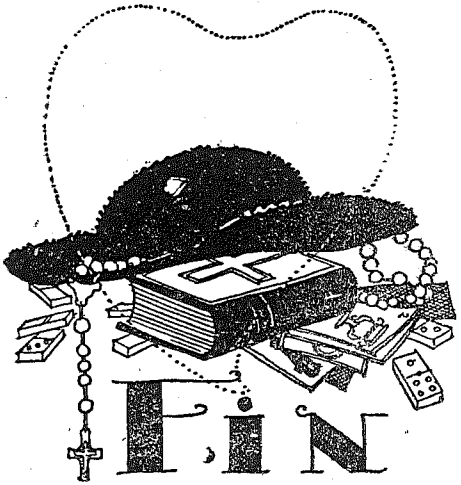

cura campechano, que juega a los bolos, se embriaga y goza de la carne de la hembra; el cura ambicioso, apóstol de una turbia moral jesuística, que viola la esencia de las cosas con tapujo y con apariencias de virtud—¡oh, siniestra política!—, que capta con la llave de la fe la gaveta de los creyentes ricos, ese cura es un bandido..., y ese cura no soy yo.

¿En fin? Judas se ahorcó porque no podía librarse de sí mismo. Los que mañana se escandalicen al conocer mi muerte, no podrán comprender este suplicio de no poder arrancarse el propio pensamiento. Desde la tierra no debe de oirse el ruido de la estupidez humana...

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Al hilo del camino había un chopo. Al amanecer, unos labriegos que traían hortalizas al mercado, descolgaron el cuerpo del padre Rafael. Las beatas le lloraron copiosamente. Sus compadres le rezaron solemnes latines, con voz de bajo profundo. La señorita de Salinas se casó a los tres meses, y vivió y engordó en paz y en gracia de Dios.

Emilio Carrere




MANUEL BUENO

el ilustre cronista y novelista insigne, publica en el número

31 de

La Novela de Noche

su mejor obra literaria. Es una hermosa novela bellamente escrita, de un interés sumo y de un realismo elegante; lleva por

título

De carne y hueso

y va ilustrada por VARELA DE SEIJAS

COLECCIONE USTED

La Novela de Noche

UNA PESETA EJEMPLAR

# Editorial ATLANTIDA

OBRAS DE W. FERNANDEZ FLÓREZ

*La procesión de los dias,* novela (3.ª edición).

*"Volvoreta",* novela premiada en el concurso de Bellas Artes (7.ª edición).

*Ha entrado un ladrón,* novela (5. edición).

*Silencio,* novela (2.ª edición).

*Las gafas del Diablo* (ensayos humorísticos), premiada por la Real Academia Española (4.ª edición).

*El espejo irónico,* ensayos humorísticos (segunda edición).

*Acotaciones de un oyente,* impresiones parlamentarias (2.ª edición).

*Tragedias de la vida vulgar,* cuentos (segunda edición).

*El secreto de Barba Azul,* novela (8.° millar).

CINCO PESETAS CADA VOLUMEN

*Visiones de neurastenia* (2.ª edición). Cuatro pesetas.

MENDIZÁBAL, 42. - MADRID